

José Marín Cañas



En Madrid, en el año mil novecientos treinta y cinco, José Marín Cañas publicó esta novela suya que tiene como inmenso escenario la rudeza triste de la guerra del Chaco

Supone el escritor que un viajero alemán compra, en Villarica, el cuaderno de impresiones que un soldado anónimo del Paraguay encontrara entre los papeles de un compañero muerto de sed en la selva del Chaco.

Es la odisea de los humildes soldados que van hacia la muerte. Saben que existe, desean verla de cerca, no como algo imaginario, sino convertida en la más cruel de las realidades.

El Sol, el viento candente, la selva enigmática, todo presta sus atisbos de locura a cada una de las páginas del libro angustioso.

El Chaco no tiene camino, es cierto, porque, como el mar, es un sendero innumerable que, de desolación en desolación, lleva a los héroes desconocidos hacia la nada.

Van borrachos de tragedia. Saben que la muerte en todos los ángulos sitia a la vez que se ve sitiada.

Hay incendio en los matorrales y en los espíritus. Las llamas de contornos inquietos acarician al mismotiempo que destruyen. Los arbustos se retuercen y gimen, como lo harían las almas atormentadas, por una angustia indecible.

Allí se pierde la noción de uno mismo. Los minutos se convierten en desesperaciones lentas, terribles. Se escucha, en amplias infinitas dimensiones de pesadilla, el canto demente de las locas ametralladoras.

Todos esperan, todos tienen miedo a quedar vivos entre tanta desolación que entristece los paisajes y embrutece las almas. Esa es la real tragedia: esperar, esperar siempre. La desesperación del esperar eterno y sin esperanza.

Son soldados que luchan y que, en el medio de la batalla, se hacen a sí mismos la interrogación sin respuesta: ¿Por qué peleamos? ¿Por la gloria tan desconocida como el soldado anónimo? ¿Por la Patria que ni siquiera recordará los nombres de los humildes que murieron abrasados a un absurdo?

Aparecen, en este libro, de dantesca hechura, soldados como cadáveres que esperan, impávidos, la propia muerte. Nos sorprende, en ellos, el hondo cansancio que, para anularse, enloquecen la acción que destruye y que mata.

Vemos cómo huye la vida, al igual que los recelosos pájaros, los cuales se dejan llegar por el viento cálido que dobla las selvas y, enfurecido, las impacienta en una inquietud de sed implacable.

Y, luego, allá en la aldea lejana, la espera inútil, en los andenes sin piedad, de las dolorosas mujeres -madres, esposas, hermanas, hijas- en las que se aprecia el amargo sopor de los más crueles abandonos. Más cerca, las salas silenciosas del hospital: allí, las manos de santidad y de ternura de las enfermeras en cuyo pecho resplandece el sagrado símbolo del Calvario.

La atracción del abismo. El retorno al cielo desnudo y a la tierra, más desnuda todavía, de los campos de batalla. Allí, los silencios largos de la artillería, más doloroso que la locura del cañoneo incesante. Sentir la honda ansiedad de los sedientos. Morir en la fresca visión de un manantial que resucita.

En medio de tanta voluptuosidad de muerte, los toques maravillosos de la otra indecible voluptuosidad del amor: la que despierta una femenina carne de bronce.

Al lado de los gestos inmóviles de los muertos, el hechizo fugaz de dos pechos de virgen india que, bajo el desgarrado poncho, se mueven en un cimbrear nervioso, como dos palomas que agonizaban.

Tal es la sugestión indefinible de este libro de angustia que desgarrar.